

TITULO así este trabajo a sabiendas de su ambigüedad. Porque es cierto que se trata de un epistolario de Unamuno, desconocido hasta hace relativamente poco tiempo y me pregunto si suficientemente leído hoy (1), pero no es menos cierto que no nos descubre un Unamuno que no conociéramos; no hace más que corroborar la imagen del Unamuno que ya nos creíamos saber. Ahora bien, una corroboración de Unamuno tiene que resultar tan apasionante como Unamuno mismo; tan vivaz, como lo sigue estando el inmortal rector de Salamanca, a pesar de los enterradores crónicos, que tratan una y otra vez de convencernos de que está muerto lo que ignoran o no comprenden.

Nos hallamos ante dos paquetes de correspondencia unamuniana, muy desiguales en extensión, aunque de parejo interés, llegados a las manos del escritor chileno Sergio Fernández Larrain y publicados por él. Casi toda la vida de Unamuno, desde su juventud, 1890, hasta su plena madurez, 1934, está presente en sus páginas, y lo está, como no podía menos de ser, enhiesta, ofensiva, contradictoria e íntimamente coherente, veraz y apasionada. Por desgracia, y como es usual por estas latitudes, donde no debe de saber nadie cómo se edita una correspondencia literaria, sólo se nos ofrecen las cartas de don Miguel, y no las de sus interlocutores, siendo así que, a juzgar por el mismo Unamuno, tanto el filólogo bilbaíno avocinado en Berlín, Pedro Múgica, como el escritor chileno Luis Ross, eran personalidades no desdeñables.

Hasta tal punto no se lo parecían al propio Unamuno, que no paró hasta recuperar las cartas de Pedro Múgica, que éste le habla pedido y Unamuno enviado, recordándole una y otra vez su derecho de propiedad sobre ellas. ¿Dónde paran estas cartas? ¿En el archivo Unamuno, en Salamanca? Pero, en definitiva, claro está, Unamuno nos interesa más que sus corresponsales, y es a Unamuno a quien tenemos delante, con su "manía" reconocida de poner el alma en sus cartas, con su gusto confesado de hablar de sí mismo con naturalidad, con su rudeza en el trato de quienes le eran queridos. El comienzo de la relación epistolar Unamuno-Múgica no deja de ser paradójico: la inicia, la solicita, Unamuno; quiere establecer relaciones con filólogos berlineses, y para ello se acuerda de



"Nada de extraño tiene —escribió Unamuno en 1893— que Tolstói, Ibsen y Amicis se vayan al socialismo. Nos vamos a él todos los que tenemos abierta el alma a la verdadera realidad".

UN UNAMUNO INEDITO

una antigua amistad: su paisano Pedro Múgica. Luego, a lo largo de los años, la correspondencia, que nunca deja de tocar temas lingüísticos, se va convirtiendo de carta en carta en una serie interminable de denuos contra la filología y sus cultivadores germanos o germanizados: se diría que don Miguel necesitaba de un filólogo con quien descargar su animosidad contra la filología estrecha, de pura anotación y coleccionismo, sin perspectivas humanistas: "... el resultado que se obtiene —de la filología— no vale el trabajo que se emplea, y que si, por ejemplo, sabiendo yo que a dedicarme a ello toda la vida descifraría el misterio del etrusco o clasificaría el vascuence, no lo haría, porque no valen esos descubrimientos mi vida... ¿Qué progreso real, qué fomento espiritual, qué aura de

consuelo para la vida, qué alivio para un afligido, qué reposo para un cansado traería el que publicara un diccionario etimológico perfecto o una perfecta sintaxis comparada? En cambio, en obras de la índole de mi novela —se refería a "Paz en la guerra"— se puede fracasar, y lo temo, pero se pone alma y se procura, aunque no sea más, distraer a la masa, no a cuatro o cinco doctos; sugerir, remover ideas, sacudir sentimientos, soplar en el alma del prójimo" (página 168).

Las últimas líneas transcritas adquieren todo su alcance si se considera que en ellas transparentan dos ideas-clave unamunianas: el concepto que Unamuno tuvo desde muy pronto de su misión personal como escritor español y su socialismo.

En fecha tan temprana como

1894, Unamuno sabe ya cuál va a ser el norte de su existencia intelectual: "... en España ni se puede ni se DEBE especializar un hombre como ustedes quieren ("ustedes" se refiere a los "sabios" germanos)... (lo que nos hace falta es) mover el país, levantar la cultura general, sacudir los espíritus, animarlos, dejando para ello de lado disquisiciones de filología y otras cosas tan secundarias como esa. El hombre que aquí se sienta con fuerzas... debe echarse a la arena candente de la lucha, al campo vivo, a lo que importa y no meterse en casita a recolectar curiosidades de maniaco... Eso queda para otros países. Hoy por hoy, la labor fecunda en España es la literaria, pues por ella entran en forma asimilable los resultados del espíritu moderno, es la que conviene a pueblos como el nuestro, lo que le ha de abrir el apetito de la ciencia seria y trabajosa..." (página 201). Y concluye en la página siguiente: "Ahí pueden ustedes dedicarse tranquilamente a la pesca de casos fonéticos mientras el pueblo bajo socava los cimientos de nuestra podredumbre burguesa. Para lo corta que es la vida lo mejor es procurarse goces con el estudio, y si hay quien se muere de hambre de pan o de justicia, ¿qué le hemos de hacer?". Se observará de paso qué poco individualista resulta el joven Unamuno —tenía entonces treinta años— y cómo su vocación personal se hallaba condicionada por el entorno nacional: la misma responsabilidad social que, por lo demás, había guiado a los hombres de la generación del 68, que él respetaba y por aquel entonces incluso admiraba profundamente: Menéndez Pelayo y "Clarín". Era una idea que mantuvo y que reaparece a lo largo de estas cartas en varias ocasiones; por ejemplo, escribía a Múgica en 1902: "Aquí está el especialismo más confinado que en ninguna otra parte, y el español que quiera influir en la cultura de su Patria ha de hacerse si no polígrafo por lo menos literato. Vulgarizar es aquí la tarea. 'Clarín' hizo más que un ejército de especialistas, por útiles que éstos sean" (página 284). Dicho de otro modo: Unamuno consideraba su empresa literaria como una vocación educativa o educadora. A ello se debía que le satisficiera la atención y prestigio de que iba gozando tanto en España como en América, que no desistiera nunca de hacer saber a todos quién era Unamuno y que anunciara con gesto retador a sus enemigos que había Unamuno para rato. Subrayo con toda deliberación lo anterior porque, sin que entre en mi ánimo negar que el individualismo y la arbitrariedad subjetivista fueran defectos graves de don Miguel, eran defectos que no se reducían a serlo, sino que a la vez resultaban ser la cara defectuosa de su insoslayable sentido de responsabilidad para con su

(1) Cartas inéditas de Miguel de Unamuno: recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larrain. Segunda edición. Ediciones Rodas, 1972. Madrid. Téngase en cuenta que la primera edición atudada apareció en Chile, Ediciones Zig-Zag, 1965, pero no sabemos que llegara a España. En cualquier caso, al escribir estas notas de lector no conocemos ningún comentario que haya destacado la importancia de este epistolario. Quizá lo haya habido y la deficiencia sea nuestra.

Francisco Pérez Gutiérrez

pueblo. "Hay que decir la verdad —escribía en 1905 a Luis Ross— antes que nos peguen, cuando nos estén pegando y después que nos hayan pegado". Cuando lo escribía, llevaba ya muchos años practicándolo.

Además atribuía a su vocación intelectual una dimensión religiosa; aspecto este de su religiosidad que no sé si siempre se ha puesto debidamente de relieve. En plena degradación de los supuestos valores religiosos de España, 1934, no dudaba en calificarse de "bocina de Dibs", dispuesto a hacerse oír contra el viento y la marea en que lo clerical y lo religioso se confundían torpemente (página 363), y años antes, tratando de reducir a la unidad de su existencia personal su gusto creciente por el trabajo solitario y la búsqueda de resonancia para su esfuerzo, se había definido como "benedictino laico y librecreyente". Con esta última expresión no se refería únicamente a su alejamiento de cualquier dogmatismo en lo religioso —sobre esto volveremos más adelante—, sino a su irrespetuosidad para con lo establecido en todos los órdenes: era así como entendía lo que llamaba su "campana de salubridad pública", sobre todo durante los últimos años de la monarquía y la Dictadura.

El otro tema, el del socialismo, se había mantenido un tanto en penumbra hasta que el malogrado Pérez de la Dehesa vino a llamarlos la atención sobre él. Por supuesto, Unamuno rechazaba cualquier pretensión de ortodoxia socialista o marxista con el mismo encono con que se deshizo de su pertenencia a la confesión católica. Y sus repetidas afirmaciones del derecho y la necesidad de incoherencia, lo que querían significar era la necesidad de mantenerse fiel a sí mismo en la empresa de vivir y expresar la verdad constantemente. Si llegara a fundarse un partido unamunista, dijo una vez, él se apresuraría a ser el primer antiunamunista. En consecuencia, Unamuno se inclinaba por un socialismo entendido como nueva dimensión histórica, al mismo tiempo que le desagradaban no poco los derroteros concretos que sus versiones ideológicas adoptaban: "Nada de extraño tiene —escribía a Múgica en 1893— que Tolstoi, Ibsen y Amicis se vayan al socialismo. Nos vamos a él todos los que tenemos abierta el alma a la verdadera realidad. Y adelantará más según se vaya borrando el rastro del pedantesco e insufrible Carlos Marx y se vayan disipando las garrulerías de Bebel. El socialismo es, ante todo, una gran reforma moral y religiosa, más que económica, es todo un nuevo ideal sustituido al de los pacíficos y dañinos burgueses ocupados en futeleas y entretenimientos de ociosos" (página 178). No hay que pensar que se tratara

sólo de una suerte de socialismo utópico y vago; comprendía con claridad lo ineludible y básico de la socialización de la propiedad (página 184), pero no podía por menos que estrellarse con los socialistas al uso: "Soy socialista convencido —le decía a su correspondiente en 1895—, pero, amigo, los que aquí figuran como tales son intratables; fanáticos necios de Marx, ignorantes, ordenancistas, intolerantes, llenos de prejuicios de origen burgués, ciegos a las vir-

na 207). Sin embargo, insistía: "Todo lo que me digan de la grosería y vicios de los obreros, lo creo, pero creo que tenemos los demás otros vicios no mejores; entre ellos, el estarnos observando y estudiando un escarabajo mientras cerca nuestro se ahoga un prójimo. La mitad de lo que llamamos ciencia es sport, diletantismo y a un snobismo... Lo que creo es que el socialismo se viene solo y para todos, que nadie sabe lo que será y que el deber de todos es



Unamuno con Margarita Xirgu y Enrique Borrás, después del estreno de su obra "El otro".

tudes y a los servicios de la clase media, desconocedores del proceso evolutivo, en fin, que de todo tienen menos de sentido social. A mí empiezan a llamarme místico, idealista, y qué se yo cuántas cosas más. Me incomodó cuando les oí la enorme barbaridad de que para ser socialista hay que abrazar el materialismo. Tienen el alma seca, muy seca, es el suyo socialismo de exclusión, de envidia, y de guerra y no de inclusión, de amor y de paz. ¡Pobre Ideal! ¡En qué manos anda el panderol!" (pá-

gina 211).

Este tema del socialismo se hallaba conectado en Unamuno con el de su furibundo antimilitarismo: vela en aquél un vasto movimiento universal que acabaría con los Ejércitos: "Mientras haya Ejércitos, no habrá civilización" (página 240); y su mayor objeción, y razón de ojeriza, a Alemania, y aun a su "Kultur", lo constituía el militarismo del Kaiser, contra quien acumula en estas cartas los

dicterios, hasta el punto de haber suscitado los miedos de su correspondiente, quien, al parecer, se consideraba comprometido por ellos ante la Policía berlinesa. Esa fue la razón de que Pedro Múgica se las remitiera a un amigo residente en Chile, según nos relata el dueño actual y recopilador de este epistolario. Así es como sorprendemos que determinadas filias y fobias de don Miguel se hallaban secretamente vinculadas entre sí: socialismo-antimilitarismo-flosofismo-antifilologismo-germanocaticolismo (en el sentido en que éste representaba un orden político-eclesiástico autoritario y dogmático); de otro lado, una propensión anarquista confesada —predilección por la poesía inglesa y, en general, por lo inglés frente a lo alemán (con excepciones como los grandes clásicos, profundamente amados: Juan Pablo, Herder, Goethe, Uhland...)—, antilatinismo así religioso como cultural —afición a lo nórdico y protestante (Ibsen, Kierkegaard, Brandes...)—, fraternidad con los espíritus "extraviados": su Leopardi...

Pero dejando al lector de esta correspondencia el placer de ir descubriendo por su cuenta toda la sugestión y riqueza de los temas aludidos, quisiera referirme a dos aspectos unamunianos, frecuente objeto de debates en torno a don Miguel, y a los que sus cartas a Pedro Múgica aportan correcciones y matices que han de ser tenidos en cuenta para una cabal comprensión de Unamuno.

Está, en primer lugar, su actitud ante Galdós. Tantas veces se ha traído a cuento lo de "don Benito el garbancero", que constituirá para algunos lectores no pequeña sorpresa descubrir en estas cartas la auténtica admiración que por el tal don Benito sentía el joven Unamuno. "Nuestro gran Galdós", le llama en una ocasión (1893), y en otra carta escribe: "Lo mejor de Galdós es su lengua, su lengua viva, incorrecta, la que se habla, la que rueda, la de la calle, con galicismos y todo... No admiro a Galdós sin restricciones, no, pero jamás se me ha ocurrido aplicarle el diccionario. Es un texto para aprender el castellano que hoy se habla y el mejor..." (página 185). Son numerosos los textos relativos a Galdós, todos ellos con la afirmación de su valor culminante, sin dejar por ello de aludir a sus defectos: "... me gusta el estilo de Galdós, porque escribe como se habla, con los errores mismos del lenguaje hablado. ¿Que no sabe gramática? Ni falta que le hace..." (páginas 257-58).

El otro aspecto tiene que ver con su pensamiento religioso. Se ha repetido hasta la saciedad que Unamuno se debatió durante toda su vida entre la fe y la razón, y esto, como todo lo que se repite demasiado, propende a la inexactitud y a una inteligencia unilateral de su reflexión religiosa. No voy a ▶



La vez que pusimos gasolina.

Hay momentos para recordar.

El hombre de la gasolinera nos recibió con alegría visible. Y algo de emoción, diría yo.

Nos estrechó la mano. Y abrió el tapón del Mini como quien descorcha un buen champán. Creo que intentó hacer un breve discurso, decir unas palabras. Pero calló.

Los chicos estaban excitados y felices con el acontecimiento.

Teresa, mi mujer, dijo de hacer una foto. Le di la cámara a un señor que pasaba y no la hizo del todo mal.

Nos despedimos prometiéndole al encargado que la próxima vez volveríamos a la misma gasolinera. Con lo poco que consume el Mini, falta mucho, mucho tiempo. Pero lo haremos. Y será otro grato momento.

**Garantía 1 año ó 20.000 Kms.,
incluyendo repuestos y mano de
obra.**

Precio desde: 102.600 hasta
124.700 ptas. f. f., incluyendo
cinturones de seguridad
y antirrobo. Por ser usted.



También financiación Sefiauthi.

¡Sí a Mini!

UN UNAMUNO INEDITO

negar que se debatiera ni dejara de debatirse. Pero en estas cartas hay textos que llevan a pensar que Unamuno poseyó desde muy pronto la clave de la solución del debate: la idea de una experiencia de Dios por encima de la razón, por encima de sus antinomias.

Por de pronto, está su concepción dinámica y creadora de la fe: "La fe es la fuerza del alma que engendra el dogma, no la que cree en él y lo retiene; es fuerza creadora, no receptiva. Fe, verdadera fe, enorme ímpetu del alma que engendra la idea, el dogma, pero el dogma vivo, ondulante, flexible, sujeto a evolución, no ese pobre despojo muerto, cadáver osificado que se recibe por tradición. ¿Sabe usted en qué me fundo para decir que los que hoy se tienen por cristianos no tienen fe? En que si no hubieran recibido por tradición el dogma de la divinidad de Jesús, leyendo el Evangelio no se les ocurriría decir: '¡Este es Dios!'. No, no hay fe. Fe, la de aquellos primeros cristianos, que en labor de siglos hicieron de Cristo un Dios, saltando sobre las antinomias de la razón, luchando contra la fría lógica. Aquello era fe, aquello; divino aliento que engendra el dogma." (página 171).

Pero el texto que considero de importancia capital es el de una carta, no a Pedro Múgica, sino a un tal Miguel Gayarre, y que éste a su vez remitió a aquél acompañándola de un comentario que no acredita precisamente su perspicacia. En ella, Unamuno, tras decir que los protestantes liberales representaban "casi" su posición, dice lo siguiente: "Para mí Dios no es una exigencia racional, no lo necesito para explicarme el universo, lo que sin él no me explico tampoco con él me explico, pero puede llegar a ser una exigencia cordial la revelación del

Padre... como no pretendo que Dios explique nada no hago de él un dogma mío, un ideal. Dios se está haciendo de continuo en mí, en mi conciencia. ¿Corresponde a realidad exterior? No lo sé" (página 272). Tres años después, en 1903, escribe a Pedro Múgica: "Voy curándome de esta peste intelectualista que el catolicismo nos ha traído... Dios no es una exigencia lógica o racional, sino una revelación cordial a través del Evangelio, al Padre de Cristo. Quien así no lo sienta, quien no tenga experiencia de él, que se deje de silogismos. La fe es un acto volitivo y no racional" (página 289). Y una semana más tarde vuelve sobre el tema, a propósito de una de las frases escritas por él a M. Gayarre y que Pedro Múgica conocía ya: "Dios no es racional sino cordial; no se demuestra con argumentos lógicos su existencia ni su no existencia tampoco. O se le siente o no se le siente; o se tiene experiencia personal de Él —y para nosotros los cristianos a través del Evangelio, véase Juan— o no se tiene. Para el que lo sienta en sí las razones sobran; para el que no lo sienta, sobran también" (página 290). Unamuno se incorporaba así a una prolongada reflexión teológica que desde algunos Santos Padres, como San Agustín, a través de creyentes como Pascal, desemboca en no pocos teólogos católicos de hoy. Es mucho lo que en Unamuno podemos descubrir como purga de un intelectualismo que ha llevado con sus excesos a muchas mentes a callejones sin salida y contradicciones inextricables y dolorosas. El resto de la carta recoge una confesión autobiográfica que ya nos era conocida por otras versiones; su comentario excedería las dimensiones de este artículo.

Con todo lo dicho, dista mucho



"En cuestión de pensamiento no hay sino una de dos cosas: o pensar y sentir por cuenta propia, o pensar y sentir por patrón ajeno".

de haberse agotado el repertorio de temas, personajes y situaciones que desfilan por este epistolario que Unamuno, en una ocasión, remitía lúcidamente a los estudiosos de 1970. Merece la pena destacar cuanto tiene que ver con la situación de España. Los años de la Restauración, el desastre del 98 —sus antecedentes y consecuencias—, la monarquía, el Rey y su madre, la dictadura: "Aquí —escribe en 1898— toda actividad está en suspenso y con lo de la guerra se escribe y se lee menos y lo que se escribe peor como inspirado en las necesidades de la patriotería, o del patriotismo si usted quiere. Cada día siento mayor repulsión hacia la caballeridad, la hidalguía, el pundonor y demás barbarie pagana con disfraz cristiano y pienso arremeter con ello en un ensayo acerca del Quijote..." (páginas 239-50). Palabras unamunescas por los cuatro costados, de las que tanto escandalizaban a quienes necesitaban a todo trance escandalizarse: aquellos patriotas de los que había dicho que solían ser los que poseían algo del suelo de la patria...

Era cierto aquello de que había Unamuno para rato. Como que ahora mismo, en 1974, la lectura de estas cartas significa un soplo de violencia, de lucidez, de honradez impertérritas. Aquel Miguel de Unamuno que ponía su alma, por supuesto en sus cartas, pero también en cuanto escribía; asistimos a lo largo de estas páginas a la laboriosa y corajuda gestación de Paz en la guerra y la Vida de Don Quijote y Sancho; que tenía a veces que contentarse con releer sus viejos libros porque el dinero no le daba para adquirir otros nuevos; que se sumergía en su soledad de Salamanca en busca de su verdad, convencido de que así podría llegar a convertirla en la verdad de todos. "En cuestión de pensamiento —escribía en 1906 a Luis Ross— no hay sino una de dos cosas: o pensar y sentir por cuenta propia o pensar y sentir por patrón ajeno. El que piensa por su cuenta es progresivo, piense como piense, y el que piensa por otros es regresivo, así repita las mayores novedades" (página 344). Unamuno es un progresivo que puede salvarnos de los muchos regresivos que nos va a tocar todavía tener que sufrir. ■ F. P. G.



Unamuno: "Lo mejor de Galdós es su lengua, su lengua viva, incorrecta, la que se habla, la que rueda, la de la calle, con galicismos y todo..."

Circulo negro

una serie de novelas policíacas dirigida por José Luis Guarnier, que le ofrece

Los Libros De La Frontera

Buenas novelas para buenos lectores / Libros bien hechos para bibliotecas bien hechas

Los dos primeros títulos estarán de un día a otro en todas las librerías españolas

JUEGO DE SANGRE

Julian Symons

Bonnie, Drícula y Nietzsche hacen estragos en una ciudad inglesa de nuestros días. Un juego apasionante y mortal relatado por un profundo observador de la naturaleza humana.

TATUAJE

Manuel Vázquez Montalbán

¿Ha nacido usted para revolucionar el infierno? Entonces, Pepe Carvalho, el detective gallego, investiga su identidad. Un Vázquez Montalbán inédito y siempre sorprendente. Auténtica inauguración del género en lengua española. Subsidiariamente, puede utilizarse como libro de cocina.

Muy pronto, obras de Jim Thompson, Edward Stewart, Ed McBain, Nicolas Freeling, Carolyn Weston, Dashiell Hammett y... famosos novelistas españoles que prefieren guardar, por el momento, hasta el misterio de sus nombres.

JOSE BATLLO, EDITOR
Valencia, 72. Tel. 243 37 04
Barcelona(15)

distribuidores exclusivos:
MADRID: Visor Libros
Isaac Peral, 18. Tel. 449 26 55
CATALUÑA Y BALEARES
Siglo XXI de Catalunya—Les
Punxes, S.L. Pou Dolç, 6
Tel. 317 99 36. Barcelona